

# El mundo pastoril y el mundo festivo<sup>1</sup>

## ALGUNAS FUENTES DE LA ECONOMIA EN LABROS

Aún sin querer hacer distinción con los pueblos colindantes me veo en la obligación de ceñirme al pueblo más y mejor conocido. En todos ellos se daban las mismas fuentes de ingresos, en unos con más fuerza agrícola y en otros con mayor inclinación al pastoreo, fuera de ovejas o de cabras. El monte, la serranía o los campos de cultivo han determinado fundamentalmente cuál de las dos formas en sus distintas acepciones, tendría mayor valor,

Mejor que fuentes de economía o ingresos, debería llamarlas fórmulas de subsistencia, dado que, con otros adminículos (gallinas, cerdo, conejos y palomas), abastecían las mesas y las meriendas a lo largo del año. Digamos que podían llenar despensas pero no carteras.

No trataré de la agricultura, sino de la «pastoricultura», y lo llamo así en un exceso de valoración. Con el sentimiento de que el pastoreo dio el primer paso a un asentamiento semipermanente. Este hecho trajo una comunicación más directa entre personas, dio origen a tratados y estudios experimentales no escritos pero sí transmitidos de generación en generación. Y unas leyes o costumbres que asentaron y dieron pie a una más o menos acertadas formas de vida y conocimiento.

Lentamente, el trato con estos animales todos los días y siempre con los mismos, hasta se conocían una a una cada oveja, creó la condición de «amistad y

---

<sup>1</sup> Véase: “Del noviazgo y los mundos pastoril y festivo”. Cuadernos de Etnografía de Guadalajara nº 26 (año 1994)

compañía» mutua, despertando el sentir del «mi» oveja. Doy con esto a entender el principio de la propiedad privada, el principio de la comunicación hereditaria, el predominio patriarcal, el acompañamiento de los hijos, y, por tanto, el aumento de los lazos familiares. El varón dejó de ser el cazador nómada que recorría territorios y volvía o no, o bien se presentaba en otros lugares. El varón, digo, sentó plaza dentro del ámbito familiar.

Muchas son las razones por las que tomo a Labros como centro de mis escritos sobre el pastoreo, y que no son necesarias de exponer. Pero sí quiero expresar mi complacencia al poder decir que desde hace tres mil años existen asentamientos en estos montes de Labros. Testigo de ello, son, unas cerámicas encontradas y catalogadas por arqueólogos en la Edad del Bronce, año 1000 a.c., y la presencia de un topónimo íbero que hoy responde por Monchel (léase MONTE OCILIS).

Hace tres mil años hay carta de existencia y asentamiento en estos montes de Labros. La presencia de los romanos con el auge de la agricultura acrecentó aquel sentido de propiedad.

La oveja y el arado fueron razón de muchas costumbres y formas de vida: el choque constante con las roturaciones que se llevaban a cabo para la sementera dio origen a los concejos, donde en acalorada discusión se deslindaban terrenos y se decidían fórmulas que de alguna manera facilitarían a ambos, pastores y labradores, una continuidad de explotación.

Desde esta perspectiva presento tres apartados de esta forma de hacer, como realidades practicadas:

1º El aprovechamiento de los pastos nacidos entre los campos sembrados, y su utilidad también para el labrador.

2º Un juego de pastores.

3º La fórmula de alquiler o préstamos entre pastores, y a coordinación de sus trabajos.

## **1º) APROVECHAMIENTO DE PASTOS Y CARNES o NUECES y VINO EN LAS FIESTAS DEL ROSARIO**

La Asociación de Amigos de Labros ha recuperado otra de las costumbres ancestrales para recordar viejas culturas, ésta basada en la ganadería. Porque desde años remotos y antiguos, Labros, cuenta con la ganadería, y se alimentó de ovejas y corderos. Y cuidose durante siglos para que a estos animales no les faltase alimento.

Entre las muchas discusiones del Concejo, realizadas desde épocas celtibéricas entre agricultores y pastores; llegaron a un acuerdo, no sabemos cuándo: para no desperdiciar las hierbas de primavera, no podemos olvidar que desde S. José hasta el 15 de Agosto los ganados no debían pastar entre las tierras con "hoja de trigo", porque la dificultad del pastoreo no garantizaba el respeto a los sembrados,... que oveja desmadrada muerde aquí o allí sin conocer propietario, "...la añada de sementera, se acotaba para los ganados, según las alternancias anuales de tierras de descanso y sembradío..." habrían de subastarse al mejor postor para engorde de ganado, sin el él facilitaba las necesidades de carne fresca en la temporada veraniega, y en los días convenientes...

Llegaron a este acuerdo, en un entonces muy lejano. Siempre, algún ganadero

contando sus ovejas, "cerrás", con la dentadura completa, sus machorras, y previendo las posibles compras y precios, se rascaba bajo la gorra, y barajaba su oferta para salir airoso. El hatajo se completaba con unas 130 cabezas: 25 parejas, oveja y cordero, y unas 80 "ahorras", entre "machorras" y "cerrás". El Domingo de Pascua, se "corrían" las llamadas "coteras" (ovejas para el coto). El ganadero apostaba por un precio al Kg. de carne. El más barato se quedaba de "coterero". Algunos años hubo que no apostó nadie y se apañaron buenamente los ganaderos para formar hatajo, unos con dos, otros cuatro, una pareja sin destetar...

En la feria de la Cruz de Mayo, celebrada en Milmarcos, el "coterero" completaba el hatajo y que desde el día uno del mismo mes ya podía carear en los "entretrigos". Y como me contaba el "tio" Alejo, al comprar había que fijarse bien, que no "hijarriaran", que no alentaran como si jadearan, que eso es como estar enfermas del liviano, de los pulmones como si dijéramos, y esas caen ¡eh! caen... "y ponía el dedo como los césares condenando a muerte".

Comenzado el pastoreo de las coteras, con los corderos castrados si ya eran "grandecejos", aunque siguieran mamando, y en las vísperas de S. Isidro, fiesta grande en Labros, se hacía un pequeño sondeo entre la gente, para así, conocido el gasto de carne, sacrificar los corderos necesarios, y con ellos llenar las mesas de buenos asados. Si sobraba alguno se reservaba para la tiesta de S. Pedro.

En la festividad de S. Pedro, el Ayuntamiento con el presidente de la Hermandad de Ganaderos y el "coterero", señalaban el día en que se comenzaría a sacrificar el ganado. En el lado izquierdo se almeraban las primeras reses destinadas a este menester, y... apostrofaba el "tio" Florentino: "Con la "LB", de Labros". Acabadas éstas, era el pastor quien presentaba las más gordas. Este mismo día se contrataba al "cortante", o carnicero.

Iniciadas las faenas veraniegas de siega, acarreo y trilla, se comenzaba la matanza de las ovejas, tres o dos al día, según la previsión de gasto. Los menudos, (cabeza, asaduras, tripas y patas,) eran recogidas por los vecinos, en orden obligado, y equivalía a un Kg. de carne. y en estas tierras que todo es útil, ...las tripas bien limpias, cortadas a trozos, se colgaban a secar, cuidando siempre de la moscarda, que luego, para la matanza, con ellas se hacía la güeña...

El hígado se apartaba como carne, que el "cortante" añadía con él, antiguamente, las pocas onzas para la libra, y ahora, los pocos gramos que faltasen para el Kg., que sólo se vendía por kilos a medios kilos. En la tarja se apuntaba con "pintes" (marcas en las angulaciones de la madera: profundos, o solamente una cortadura sin que saltara la madera y se le añadía una raya lateral con el cuchillo, al día siguiente se completaba con otro medio kilo, así siempre eran enteros los pintes). Un día sí y otro no, -al tercer día-, era la venta de carne, solo elegía la primera compradora, a partir de ahí se continuaba según exigencias del "tajo". Se cortaba la carne comenzando de los cuartos traseros hacia el pescuezo, terminada la una mitad se continuaba con los cuartos traseros de la otra mitad igualmente. Para llevarse el "tajo" (trozo de carne) preferido no se pegaban sábanas de sueño, y antes de las amanecidas esperaba la primera compradora.

Del sabor de las migas, del cocido con pescuezo, de los bajos con tomate,... y otros guisos, fritos y asados que no nombro, sólo podemos hablar quienes los comimos. ¡Que el cansancio también contaba, ¿o no?, ¡eh abuelo?!...

En la Virgen de Agosto, ya todo segado y gran parte de la mies acarreada a las eras, se desvedaban las rastrojeras. Para las caleras se reservaba algún terreno al que llamaban "cotillo", que permanecía cerrado hasta el 8 de Septiembre en que se acababa el servicio del cortante y el servicio de carne al pueblo. Si sobraba alguna punta del hatajo, el coterero podía venderla donde y cuando quisiera.

En S. Miguel, se procedía al arreglo de cuentas, se cobraba el gasto de tarjas, y se pagaba al coterero, que se aviaba con el pastor, si no lo había sido él. Si fue

apaño entre ganaderos se detallaban los gastos "...al por menor...", y pagado el cortante, todo solucionado. Me contaba el "tio" Agapito, que el 36 solo se mataron 8 ovejas el resto para el coterero, que año tan malo para carne no se ha visto, y ya sabes porqué...

El motivo de todo este relato es el porqué de las nueces y el vino en el Domingo del Rosario. Si consiguiéramos volver a aquel Domingo de Pascua, nos encontraríamos con la subasta..., alguien ofertó: 50 céntimos, (o maravedíes, ...es un poner...) el kilo o la libra, (que échale imaginación) y un cántaro de vino para cuando cobre,... el otro oponente añadió: y un celemín de nueces... Esta es la causa, según me contaron hace años, aquellos abuelos, el porqué del vino y las nueces. De aquí surgió la costumbre ancestral de repartir vino y nueces el primer Domingo de Octubre, día del Rosario, a todos los habitantes de Labros, y visitantes en aquel día..., en la plaza del pueblo.

Cuando esto creó costumbre de cada año, surgió la necesidad de obligar a un rápido pago, (ahora hablo de tiempos casi actuales), sobre todo por la presión del coterero a los retrasados en pagar, se les multaba con el vino y las nueces, además de su consumo de carne, cosa esta que todos atendían con rapidez para evitar estos males de sobrecargo.

Los jarrillos que servían de medida para el vino, tenían una capacidad de 1/2 litro. El de las nueces era un cuenco de capacidad similar a una "almostá", la cabida en ambas manos. A las mujeres y alas niños solamente un cuenco de nueces. A los mozos y a los hombres, además, el jarrillo de vino. Ellos se apañaban para, por grupos de amigos, o familiares, llenar un barreño con el vino y añadiendo miel, beberlo mojando pan, o torta y con pequeñas copas que pasaban de mano en mano,... Otros en retóricas charradas, bebusquiaban cada uno su ración. Quienes en porrón para alargar sabores. ¿En bota? ¡no!, que algunos "la aprietan a reventar..." Y no faltaba tampoco, quien corría a su casa a descolgar el somarro de la chimenea, bien adobado con ajo, sal y pimentón y seco al humo del año.

Así dejaban obscurecer la tarde mientras se iluminaba la imaginación. Las mujeres, algunos maridos acercaban su vaso de vino o porrón a sus esposas para que lo degustaran, sentadas en corros de baraja, de brisca o de burro, llenaban de garbanzos (como si de monedas se tratase) las mesas de sus juegos. Los mozos y mozas bailaban al son de gaiteros, o bandurrias, según tiempos, o épocas, que de todo hubo. Y la chiquillería corría el pueblo con sus juegos de perseguir, que ya no había nidos que buscar, o bien miraban a los padres esperando un "mojón de sopeta", o llenaban su fantasía con los cuentos de los mayores y con las poesías al vino. Que así brindaban unos y otros:

Quedaos como un pairón,  
clujidos de ver el vino  
que a mi boca con buen tino  
le cae desde el porrón.  
Bendigo la cepa y la uva  
bendigo al que "vendemó"  
bendigo a quien las pisó,  
bendigo la buena cuba.  
Y agradeciendo la fuente  
bendigo también a Dios  
que hizo a Baco escanciador.  
Porque a mí no me hace frente  
el vino de este porrón...

Al acabar el día, alargado por la modorra, y el bienestar de la tertulia, unos acudían a dar vuelta por la paridera, a esperar las ovejas, otros mandaban a los muchachos. Las mujeres a recoger y ordeñar las cabras. Entretanto algunos seguían rejuveneciendo la noche, dispuestos a la ronda o lo que se terciara...

En mis días de niño, alguno de Hinojosa, los de allí y los de Labros sabemos las enemistades de ambos pueblos, venían, digo, estos de Hinojosa así como mohínos, asentándose en el poyo de la puerta de una descendiente de su pueblo a la espera de un vaso de vino amistoso..., y llegaba siempre, que en estas fiestas, y en estos pueblos la enemistad es para otros ratos, y otros anteriores, que nunca faltaron. Y en esta remangada ronda, a despecho de los primeros fríos, entonaban yéndose por el Hoyo camino de su casa, vigilados, eso sí, por si las casualidades, remedando otros versos heredados:

Cuatro hombres, tiene Hinojosa  
que no los tiene Madrid:  
el Estroza, el Campechano,  
el Trinos y el Cuatromil.

Esta fiesta o costumbre se fue perdiendo en la década de los sesenta, pero hoy ha vuelto, remozada por la Asociación de Amigos de Labros.

## **2º) UN JUEGO DE PASTORES**

### **EL SOMBRERETE, Y POR TANTO, LA GARROTA**

El «sombrerete» era un juego de pastores basado en el uso de la garrota para apoyarse al caminar, que menos cansan tres pies que dos, y más equilibran en las cuestas, se las arremeta de subida, de bajada o de través.

Otros andarines, caminantes y arrieros, alforja al hombro o detrás del burro o mula, la llevaban como apoyo, a veces en defensa, o como muestra de elegancia.

La garrota de pastor era un «marro» o vara redonda y recta, las más de las veces hecha por ellos mismos, con la curvatura o agarrotamiento en la empuñadura o asidero. Ellos elegían la madera:

—La de olmo se resquebrajaba y difícilmente «encorvejabas» el mango. La de chopo, con el tuétano, se aplastaba al retorcerla por su parte. La carrasca muy dura de doblar...

La de sabina, si era ramón joven, trabajando la resina al calentamiento, respondía y se doblegaba poco a poco..., y como otras maderas no hay por aquí, ...bueno, la de cerezo valía, pero si dice; ¡me rompo!, salta, ...un poco falsa para estos menesteres...

Los abuelos son como enciclopedias. ¿De lo suyo? lo saben todo. Y si continuas indagando:

—Cuando las ovejas se paraban mordisqueando el rijo de Las semillas de otoño, o, en las lluvias de primavera, cuando salían las primeras lletas de hierba, te encendías una aliaga o un escambrón y a recalentar el «teguillo» del ramón recomido

en el invierno por ellas. ...Ya le habías echado el ojo, ¡éste va bien para garrota! Y rechamuscabas la corteza, así se ablandan los entresijos y ...tirabas doblando..., luego con un alambrejo o una cuerdeceja traías la punta hacia el marro, y, cada vez que recalentabas la cabezuela del teguillo, media vuelta al tensor sin que soltara el calentamiento, ...con la paciencia del sin prisa..., y esto, por la parte más gorda de la vara. Que una vez conseguida, ...¿adónde vas a parar?!..., quedaba para dar envidia. Luego, con la navajilla, nudillo por aquí, astilleja del otro lado, quedaba ¡como resobada!...

—El último tirón en agua hirviendo, y, así, no se desdoblaba cuando le quitabas el tensor. Alguna, con varias horas cabeceando en el agua la tuve. Y cuando la desnudabas del tensor a su momento, se aguantaba torcida...

Habilidades perdidas con el tiempo, y como abandonada la experiencia y el saber:

—Ahora hacen las garrotas al revés, lo gordo hacia el suelo. Y como sobrándote mano al agarrarla.

Al carear el hatajo cuidándolo.

—Que lo llevabas despacio, para que buscara. Más o menos ya sabías donde. Cuando se paraba y se desparramaba mordisqueando, te acomodabas al descanso. Y, si había algún sembrado; tú, al surco, para verlo y guardado. Te quedabas allí, perenne, con la vista adelante. ¿Que alguna se alargaba al sembrado? con una piedreceja la espantabas.

— ¿El perro?, no se debe abusar, si lo tienes bien enseñado ya se lo sabe. Te acompaña y anda por su sitio. Si no puedes con el ganado le mandas y va. Lo colocas aquí y aquí se queda, y lo que digo, sin abusar. ¿Que el sembrado queda en caracol?, tranquilo, no pasa nada. Las ovejas se ofenden de la luz. ...¿Te das cuenta?

Casi que hablábamos demasiado viendo y remirando a las ovejas. Las culturas cambian. Pero el saber es el saber y cada cual elige el suyo.

Caminan de espalda al sol, o de soslayo. Las tienes que dominar tú. Si se arremolinan a un sembrado o, adonde no quieres que vayan, a una acequia, o a la carretera mismamente, y se van muchas!, les tiras la garrota al ras de sus ojos y que luego corra arrastrándose por el surco, el ribazo o lo que sea y así las vuelves. Si se pone difícil el perro te las trae y te las lleva.

Tirar así la garrota tenía su truco. Ya te he contado el cómo de ella. La agarrotadura, el asidero: lo más grueso, lo que pesa más, lo que manda al recibir el impulso, y, en el recorrido, como los trillas, sin tropezar, esbarándose por los terrones y las piedras, ¡recta, recta! ..., que para eso estaba curvada.

Sólo escuchar y mirar sus gestos, sus manos, era como preguntar.

—Cuando, alguna vez, se te escapaba, con punta por delante, todo tropiezos y trompicones, dando tumbos caía en cualquier lado, como si no respondiera a tu esfuerzo. Que lo mismo entortabas una res, que le dabas un garrotazo en la cabeza y la atontabas.

—Yo, cada garrota que me hacía, a pruebas. La tiraba por aquí, por allá, ...entre aquellas dos sabinas, ...hasta aquel escambrón, ...a arrancar aquella aliaga seca. ...y a atinar, ¿oyes? a atinar. , luego, en cualquier «iriaz», o descampado del monte, o en las labores, en éstas era fácil seguir el surco, pero en llano que no tiene cauce para seguir, se necesita buena puntería y «tino». Colocaba la manta y, a mis pasos, a tirar la garrota sobre ella. A brazo alargado, con buen impulso, a medio metro de altura, ¡Zas!, y que, al caer al suelo, corriera los últimos pasos hasta la manta y que la amontara. «Sombrerete». Eso era SOMBRERETE.

Estas conversaciones, para recabar conocimientos, atusan la memoria, y como si la peinaras organizando sensaciones e imágenes.

—Cuando te encontrabas con otros pastores, echabas unas tiradas para ver

habilidades con la garrota. Y en los mojones, con los de los otros pueblos, lo mismo. Y te apostabas un cencerrillo, un cingarrillo, un pitarrillo o lo que se terciara y que fuese útil.

--- --- --

Con estos datos queda claro el porqué, el para qué y el cómo de este juego que dieron en llamar de “el Sombrerete». Diré que el nombre lo recibió por el aquello de poner la garrota de sombrero o de que haga sombra encima de la manta.

Su uso será tan antiguo como la garrota, palabra de raíz francesa, o, como el «cayado» que así se le denominó con anterioridad, y tan viejo como la manta de lana tejida y tundida. Manta que arropa, impermeabiliza bajo la lluvia, y tiene sus codujones que hacen de alforja para el taleguillo de la sal, o el transporte de algún corderillo recién nacido si fuera necesario.

Las normas establecidas y aceptadas por todos los pastores de esta comarca, específicas por los de Labros, abuelos y menos abuelos, que lo practicaron según herencia de conocimiento, fueron recogidas en su día y aparecieron expuestas en el periódico anual *LABROS*», verano de 1984 y reza así:

#### «Normas del Sombrerete»

«Un juego, tan tradicional en Labros como el Sombrerete, ha revivido cada verano con el torneo que se realiza en las eras. Las normas resumidas de este entretenimiento, practicado entre los pastores para demostrar su habilidad en el uso de la garrota, son las siguientes:

*Elementos:* Garrota, bastón curvo por la empuñadura, más grueso por ella que por el apoyo, sirve para caminar y para lanzarla y poder corregir la marcha de las ovejas cuando se desmandan.

Manta, la de pastor doblada cuatro veces.

*Colocación y tiro:* Desde una distancia de unos treinta pasos alargados, se lanza la garrota de manera que quede pisando la manta colocada en el suelo.

*Puntuación:* Puntúan igual todos los lanzamientos que acaben con la garrota pisando (sombreando) la manta. Gana quien pise la manta y si hay varios, se desempata. Si ninguno coloca la garrota pisando la manta, se miden distancias y gana el que la haya colocado más cerca».

No se hace (hacían) distinción sobre cual de las garrotas sombreaba más trozo encima de la manta, simplemente que la monte, se meta entre los pliegues, o debajo de ella; la puntuación es sombrerete.

La medición de distancias, cuando no se daba sombrerete, se establecía de esta manera: la parte más próxima de la garrota, a la más cercana de la manta.

Las tiradas eran a convenir entre los contrincantes, y el uso de garrota, cada cual con la suya o ambos con las dos; en esto se barajaban sus conveniencias y entre ellos decidían.

En este juego para no dejarlo de vacío, hacían sus apuestas como anteriormente mencioné:

—Tu murecazo blanco, durante tres días...

—Aquel pitarrillo, contra mi cencerrillo de la negra...

De esta manera cada pastor demostraba su habilidad y conseguía las mejoras de su ganado o completaba su colección de cencerros.

Con esto queda explicada una actividad de juego existente en aquellos

tiempos y épocas en que el conocimiento de las ovejas era un valor cultural.

### **3°) LOS PRESTAMOS ENTRE PASTORES Y LA COORDINACION DE SUS TRABAJOS**

Los recién casados, ya establecidos en sus casas, habían de independizarse de los padres, y crearse su economía; la base del sustento diario y la previsión para sus días venideros.

Entre las aportaciones recibidas en las «Capitulaciones Matrimoniales» (hijuelas, dotes y regalos) además de unos «piazos» de cultivo agrícola, aparecía, lo que se dio en llamar: una punta de ovejas. Sumadas las recibidas por ambas partes, si ambos descendían de ganaderos, (el número de cabezas de ganado en Labros jamás alcanzó las 4.000 y los ganaderos sumaban unos 60-65) puede deducirse que a mucho estirar, alcanzarían a 20 reses o quizá alguna menos.

Pocas eran, pero ello obligaba a no alarmarse y buscar manera de acrecentar el hatajo. ¿Dinero para comprar? una utopía. Si alguien necesitaba pastor, podrían llegar a un arreglo: unir sus pocas ovejas a las del amo y así ir solucionándose. Este caso era poco frecuente.

El arrendamiento era el más considerado. Se recorría a algún ganadero que prestase unas ovejas, y con ello hacían apañeo los dos, siempre según convenio apalabrado. (Conocí ganadero con doscientas ovejas arrendadas). Según mis informaciones lo normal era, (siempre diferían según edades de las ovejas prestadas):

1/ Duración del arrendamiento: 5 años, (siempre ampliables de cinco en cinco).

2/ Edad de las ovejas: aquí nacía el tira y afloja del arrendador y del arrendatario. Los dos conocían las edades de las reses y no se podían engañar, aunque hubiese pequeñas excepciones, «...que alguna fuera más adelantá...», no podían equivocarse.

Edades y forma de conocerlas:

Cordera/cordero: recién nacida/o.

Borrega: un año, dientes de leche. si es “lantera” podría amarecerse y parir.  
Borrega: un año, dientes de leche, si es “lantera” podría amarecerse y parir.  
Premala: dos años, ha cambiado los dos dientes delanteros: ha perdido los de leche y le han nacido los dos definitivos, apta para la procreación.

Andosca: *con* tres años, ha cambiado otros dos dientes de leche por los definitivos.

Tresandosca: cuatro años, cambiados otros dos más, es decir con seis dientes definitivos, y perdidos seis de leche.

«Cerrá», cerrada: cinco años, todos los dientes de leche perdidos y cambiados por los definitivos, a partir de este momento surgía la imposibilidad de determinar la edad de las ovejas.

La esperanza de vida de estos animales era de diez años. En la mandíbula superior carecían de dientes.



A partir de este dad, todo depende del endurecimiento del soporte de sus dientes, y cada oveja tiene su proceso, si a *los* diez años continúa con la dentadura completa podría vivir más años. Si *los* pierde antes, su vida se acorta.

Los pastores miran a sus ovejas por si pierden alguno de los dientes delanteros o palas, oveja «esdentá». Con ello pierde la posibilidad de segar la hierba al morderla y su alimento se reduce, con lo que su subsistencia se acorta.

— Como a las personas les pasa, si pierdes *los* dientes pues a ver cómo muerdes. Y si se caen las muelas, ya me dirás cómo te llega al estómago la comida, pues igual. -me contaba un pastor.

(Los corderos si no se dejaban para murecos, eran sacrificados, o vendidos para carne. Hubo épocas en que se aguantaban para que se hicieran grandecejos, incluso borregos, y en estos casos se les había de castrar antes de las siete semanas para que la carne no se influenciara el sabor a macho).

Los arrendatarios querían siempre ovejas que no fuesen cerradas, así apostaban por un beneficio de al menos cinco años de productividad. Los ganaderos arrendadores siempre se querían quitar las viejas.

3/ Según esto los préstamos eran más o menos caros, pero podemos resumir un término medio:

Un cordero de cada cinco ovejas.

Una cordera de cada seis.

El inicio de estos contratos se establecía siempre en la fiesta de S. Miguel. En esta fecha se ajustaban los pastores, o cambiaban de amo quienes se dedicaban al oficio, si no permanecían con él. El ciclo del ganado y de la labranza daba comienzo en esta época. Para los ganaderos se aproximaban *los* partos de su ganado y para los agricultores comenzaban las sementeras.

4/ Al año, acudía el amo de las ovejas arrendadas para cobrar el «rédito», y el interés se pagaba según *lo* convenido.

—...Y, entre que ésta no te la doy, y, «...ésta no la quiero...», pues llegábamos a un avío. A veces ya casi como borregeja se la llevaba. Pero había de todo, alguno hasta se pasaba de bueno, y si tenía un compromiso fuera de fecha: «¡Dame un corderejo, te decía, que ya arreglaremos cuentas en S. Miguel»!, pero, otros, con atropello..., que de todo hay en la vida.

5/ A los cinco años, hablan de devolver el préstamo...

—Las ovejas, para las vueltas, tenían de ser de las mismas, si premalas, pues premalas,... Cuando las cogiste, bien jóvenes las querías, pero ahora... ¡con un duelo...!, y, lo mismo, a elegir, pero los dos, que los dos queríamos las mejores, y se corría el hatajo: «¡ésta!» decía, y apuntaba la mejor, y yo: ¡esa no!, ésta y le enseñaba una más esmirría, ...pues esa no la quiero, contestaba. Y así hasta llegar a un arreglo..., que siempre se alcanzaba, aunque, como ya te dije para todo había...

Se devolvían las ovejas en el mismo número y edad en que se recibieron. Los intereses fueron pagados cada año según contratación establecida. El tira y afloja de cada uno de estos momentos queda suficientemente aclarado según se desprende de las explicaciones de mis maestros en la materia; abuelos y amigos de siempre.

—Hombre, riesgo se corría, si alguna se moría, si se volvía modorra, si tenías que arrear con alguna «cerrá» y no sabías si de seis o de nueve años, pero al pagar, pues igual. Que siempre las conoces y sabes sus años. ...y a el que más arriesgó fue hasta una veintena o así..., claro que para la necesidad de aquellos momentos con una oveja que se perdiera, ¡adiós ganancia!

He hablado de un matrimonio que inicia su vida con unas ovejas realquiladas. Pero en su hijuela, aparecen, también, unas tierras de labor que no ha de abandonar, y un trozo de monte, fuera sabinar o con sabinas y carrascas, del que ha de sacar

leña para su hogar. A ello he de añadir una o dos cabras para abastecerse de leche, queso y de otros postres que con los huevos de sus gallinas halaguen su paladar. En algunos casos, además, un horno de abejas o alguna colmena con que aportar el dulzor a aquellos postres. Del cerdo y otros animales de su corral, que le proporcionarán una variación de alimento, los dejo como añadidos a sus obligaciones caseras.

Todo ello cae a costas de este matrimonio. Y a todo ello ha de llegar, y, si sumamos un huertecejo para unas lechugas, unas tomateras, pepinos, judías y remolachas para endulzar si faltan abejas, recrecemos sus obligaciones laborales.

La historia de estos pueblos y sus costumbres, en Labros vividas y claramente percibidas, se resolvían sin problemática alguna.

La palabra que solucionaba todo este quehacer se definía como "*aparceo*":

Entre dos, tres o cuatro, según el número de reses, formaban su hatajo de ciento veinte o ciento treinta ovejas, y se repartían los días de pastoreo por ganado aportado. Cada dos o tres o cuatro días pastoreaban el ganado, y los demás quedaban libres para otras faenas.

Acordaban, también de dos en dos, unir sus caballerías. Formaban así una yunta, con la que un día sin otro, (al tercer día), araban sus campos. A éstos convenios los llamaban "aparceo", y entre ellos se trataban de aparceros. (Hoy nos diríamos socios).

Con estos convenios, apaños o avíos, se solucionaban los tiempos de ocupación y dedicación a las distintas obligaciones anteriormente enumeradas. Un día, juntando su único arre con el del aparcerero, contaba con una yunta para arar y trillar, (los otros trabajos se bastaban con una sola caballería), y al día siguiente (la yunta pasaba a manos del otro aparcerero) libraban para dedicarlo a otros quehaceres.

Las cabras: en convenio vecinal se repartían el pastoreo. Todas las del pueblo se juntaban para formar hatajo. Según el número que componía la cabrada se repartían los días del año. A cada cabra le correspondía un determinado número de días al año. Se redondeaba el hatajo a las 120 - 125, (siempre había a quien no le importaba tener cuatro o cinco...) de manera que a cada cabra correspondían tres días que por riguroso turno se repartían.

Para comunicar el turno y reunir la cabrada, se recorrían las calles del pueblo con un cencerro, que día a día se pasaban de mano en mano los propietarios, para no olvidar la obligación.

Tiempos viejos hubo, según comentarios oídos a abuelos desaparecidos en los que:

—...con los cerdos también, en piara y durante el otoño, al Recuenco los llevábamos... con un palo largo, como el de las morcillas (para colgarlas se entiende) vareábamos las bellotas para su alimento, y la hojarasca también se la comían..., hundido está el corral donde los encerrábamos. Crecían como burros de altos... unas magras y un tocino... porque andaban y hocicaban... y no como ahora encerrados en las cortes, todo grasa y manteca...

Junto a estos decires y comentarios aparecía la dula:

Era reunida a la puerta del corral de concejo, (hoy desaparecido), detrás de la ermita, ahí se puede ver algún clavo entre la casillas, camino de las eras, donde se colocaban las estacas atravesadas para que las caballerías no se desmandaran mientras acudían todas.

Y desde allí se les arreaba a la cerrada de la Laguna, o a la del Prado para que pastaran. La recogida de las caballerías se anunciaba a sonido de cuerno. No añado testimonio hablado porque existen legajos escritos de principios del XIX que lo atestiguan. Estas dos fincas (cerrada de la Laguna y del Prado) eran propiedad del municipio y eran utilizadas para tal fin.

Las economías de supervivencia exigieron esfuerzos y dedicaciones pero la habilidad y el entendimiento de los interesados facilitaron y discurrieron fórmulas que les solucionaran todos los compromisos. Aún muchas más cosas quedan escondidas en estas vidas lejanas y viejas que podrían sugerirse y presentarse, porque la vida es vivir, y para ello todo discurso es poco.

FIN

*Mariano Marco Yagüe*  
1994